

es la multitud que las invade y tanto mayor, al mismo tiempo, el provecho que ellas reportan a la sociedad.

¿Puede la imaginación abarcar en conjunto el cuadro de lo que sería la educación de un pueblo si los recursos y los esfuerzos que ahora se gastan en mantener un sistema coercitivo y cerrado se empleasen en satisfacer la demanda natural de saber cuyo germen trae el hombre desde la infancia más tierna?

Ved pues, como nosotros y las otras organizaciones que en nuestro país han instituído la difusión libre de la enseñanza, podemos hacernos la ilusión de que nos hallamos en los comienzos de una reorganización de los conceptos culturales, y cómo, atando nuestro carro a esa estrella, podemos creernos los precursores de las universidades libres del futuro.

Pero debo cerrar estas digresiones demasiado poco prácticas tal vez, para ceder la palabra al querido y admirado profesor a quien no necesito nombrar y que comenzará esta noche su anunciado curso sobre la evolución. La Universidad Libre se siente honrada al recibir el concurso del sabio que tanto ha enaltecido las ciencias y las letras argentinas en su fecunda y utilísima vida.

Holmberg es a su manera, y todo él, una universidad libre: universidad por lo poliédrico de su espíritu, que recoge todas las luces de la ciencia, del arte, del sentimiento y las devuelve teñidas con los colores de su potente personalidad; y libre, porque Holmberg no reservó sus enseñanzas para la cátedra; no requirió nunca matrícula quien se le acercó para recoger de sus labios la verdad, que él derrochó siempre con prodigalidad de millonario en su tribuna universitaria, en la sobremesa familiar y en gratísimas charlas ambulatorias bajo el cielo abierto, lo que permitió alguna vez que las doce constelaciones del zodiaco, ¡una tras otra!, le saludaran al pasar...

*Ernesto Nelson.*

---

## **El Ateneo de Estudiantes Universitarios**

Al lado de la juventud universitaria que no persigue otro ideal que la aprobación de sus materias, ajustándose estrictamente al programa, y que ha hecho del *diez* la suprema aspiración de su vida, existe otra categoría de estudiantes que, con mayor propiedad, podrían llamarse simplemente estudiosos, que se siente inquietada por todos los problemas, que se presentan en la vida política, intelectual y económica de su sociedad.

Desgraciadamente forman los primeros mayoría abrumadora. No tiene para ellos la carrera, más finalidad, que la de obtener el diploma que les permita el ejercicio de una profesión lucrativa, y suele ser esta última la causa decisiva, en la elección de la rama de las profesiones en que han de orientar sus actividades.

La pequeña minoría que forma el segundo grupo, constituida por elementos dispersos, que brotan como lunares, en medio del utilitarismo del ambiente universitario, esterilizan sus esfuerzos en una acción individual, condenada casi siempre a fracasar por falta de ambiente y de cohesión.

De estos aislados esfuerzos individuales, sólo surgen y triunfan, los dotados de excepcionales condiciones de talento y voluntad, mientras caen a su lado, espíritus que pudieron llegar muy alto pero que fueron impotentes, para la lucha cotidiana, contra la indiferencia y aún la ironía, que suele ser arma socorrida, en manos de los incapaces de sentirse atormentados por inquietudes superiores.

Al propósito de congregar este pequeño núcleo disperso de juventud bien intencionada y orientarla definitivamente en la senda de sus nobles y desinteresados ideales, responde la creación del ateneo cuyo nombre encabeza estas líneas. Ardua fué la tarea de consolidar y orientar la institución. Sus tres años de vida, han sido de lucha constante para los dirigentes de la institución. Ahora el triunfo corona la empresa, lo que ayer fué quijotismo y esperanza quimérica, es hoy una hermosa realidad.

Si el número de estudiantes asociados puede considerarse insignificante en relación al número de inscriptos en nuestra universidad, el entusiasmo y la constancia de los que trabajan y estudian dentro de la asociación, suple muy ventajosamente al número.

El Ateneo organiza cada año un curso de conferencias, cuya tribuna ocupan alternativamente profesionales y estudiantes. Al mismo tiempo que asimilan las enseñanzas de los maestros, ensayan los asociados sus primeros vuelos, coronados a veces por un éxito no sospechado, otras menos felices, pero no menos proficuas, sirven los reveses, para enderezar el rumbo de una falsa orientación.

La revista bimestral «Ideas», órgano del Ateneo, pronto alcanzará su segundo año de vida ininterrumpida. Su progreso creciente, y la importancia de la labor desarrollada, constituyen uno de los más hermosos ejemplos de esfuerzo estudiantil, que ha sido entusiastamente aplaudido dentro y fuera del país por eminentes hombres de letras e importantes publicaciones.

En el corriente año se ha trazado un programa máximo que, no obstante, se ha cumplido en todas sus partes, siendo dignos de especial mención los cursos de filosofía y literatura clásicas, arte y música, cuyo éxito ha superado los pronósticos más optimistas.

Podríamos cerrar estas líneas con las siguientes palabras de su primer presidente, consagradas ahora por el éxito: «El Ateneo ha encauzado un movimiento de reacción tendiente a fomentar los *estudios generales* que exceden los límites de las especializaciones científicas, y los relacionados con los *asuntos* nacionales y las perentorias exigencias colectivas».

Francisco de Aparicio.